

## La realidad del mal: actitudes, preguntas, búsqueda de respuestas

Todas las personas, sabias o ignorantes, ricas o pobres, religiosas, indiferentes y ateas, nos enfrentamos, de formas muy diversas, pero irremediabilmente, con el problema del fracaso y del mal. Todos nuestros proyectos quedan paralizados ante la realidad del mal, llámese este: enfermedad, envejecimiento, desgracias, dolor o muerte. “Mal” es todo aquello que produce dolor y sufrimiento.

### La evidencia del mal

Todos vivimos con conciencia de que:

- El mal es inevitable. Día a día, nos encontramos con la noticia y la experiencia de los muertos en la carretera, en los conflictos bélicos, a causa de las catástrofes naturales...; con enfermedades y tragedias cerca de nosotros; con la poca valoración de nuestra vida, de nuestro cuidado...
- El mal es difícil de superar. Luchamos contra el mal, contra el sufrimiento y, a pesar de los éxitos parciales, hay un nivel de sufrimiento, de ruptura que nunca podemos superar. El nivel último del mal es la muerte.
- El mal, tarde o temprano, nos tocará también a nosotros, en algún momento afectará a nuestra casa. Como dice el dicho popular, hay “rachas de mala suerte”.
- El sufrimiento es malo. Estamos hechos para la felicidad y nuestro interior se revela contra el mal, que siempre es un “enemigo” cuya presencia no es deseada.

### Nuestra responsabilidad ante el mal

No todos los males son iguales desde el punto de vista de nuestra responsabilidad.

- Hay males que tienen su origen en la limitación y fragilidad de nuestro ser humano: nuestro organismo se deteriora (enfermedad) y se extingue (muerte).
- Otros son producidos por las catástrofes naturales, que nos sobrepasan y no podemos dominar: la erupción de un volcán, un viento huracanado, una inundación, un terremoto.
- En la mayoría de estos casos, nuestra responsabilidad es nula, aun cuando el ser humano tiene capacidad para prevenir y luchar contra algunos de estos males y, de hecho, consigue éxitos importantes.
- Pero hay males en cuyo origen sí tenemos responsabilidad: egoísmo, injusticia, manipulación, opresión, desprecio de los derechos humanos... son palabras que hablan del sufrimiento que, con harta frecuencia, nos infligimos unos a otros.
- Hay, por tanto, un mal que podemos llamar inevitable y otro mal que procede de nuestra responsabilidad; uno que no ha nacido de nuestra responsabilidad y rebasa nuestra capacidad de control (si bien la aplicación diligente de la inteligencia humana puede, en mayor o menor medida, prevenirlo y paliar sus

consecuencias), y otro en cuya génesis sí entra nuestra responsabilidad, individual o compartida, más o menos directa, y cuya solución depende de nosotros.

- No sería justo culpar a otros –incluido Dios- de la responsabilidad del mal, cuando el origen y la solución del mismo depende, en gran parte, de nosotros, de nuestra toma de conciencia y de nuestro compromiso.

### Preguntas y más preguntas

Ante la desgracia, el dolor y el sufrimiento, de manera más o menos consciente, nos hacemos preguntas, que frecuentemente atañen a lo más profundo de nuestro ser; preguntas “radicales”, que van a la raíz:

- ¿Por qué a unos sí y a otros no? ¿por qué a unos más y a otros menos? ¿por qué el mal parece ensañarse con algunos, especialmente?
- ¿Merece la pena venir a este mundo, si la vida está hecha, en gran medida, de dolor, y al final, tenemos que morir?
- ¿Estaba determinado que esto tenía que ocurrir?
- ¿Tiene algún sentido el dolor?
- ¿Es Dios quien permite tanto mal? ¿Nos pone “pruebas”?
- ¿Quién nos puede librar del mal?

Y ante el mal surgen diversas reacciones y actitudes:

- Uno-as optan por *la evasión o la huida*
- Otro-as *se rebelan*: gritan, protestan,
- Otro-as *se resignan* de manera fatalista
- Otro-as *se encierran en sí mismos-as*
- Hay quienes *buscan culpables*: el otro, el médico, uno mismo, Dios...
- Alguno-as *lo asumen con dignidad*, cuando es inevitable
- Algunos-as *se enfrentan al sufrimiento de cara y luchan contra él*: tratan de suprimirlo, o de vivirlo con una mística tal que el mismo pierde su carácter deshumanizador.

Esta “fuerza interior” viene en muchas ocasiones de la vivencia religiosa, de la fe.